

LA SECTA DE CATALINA THEOT.

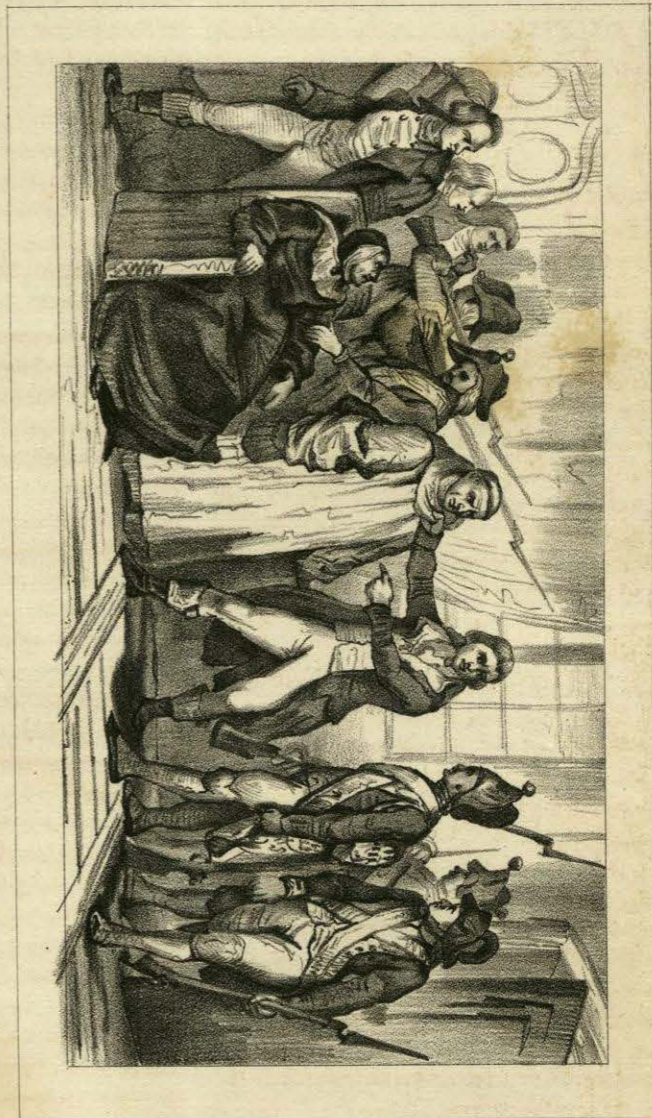


A revolucion mas fecunda en acontecimientos de toda especie, es sin duda la de Francia; ella nos presenta las mayores anomalias, y á veces no parece sino que el entendimiento humano estaba aletargado para discernir, y las pasiones en agitacion para descarriar á los hombres del sendero de la prudencia. Una prueba de esta falta de juicio, es la tan célebre quanto ridicula secta llamada de Catalina Theot. Esta muger, de costumbres en extremo relajadas, en union de otras mugeres de su ralea, y en especial de una tal Susana Labrousse, tenian en el arrabal de San Marcelo ciertos duos, en los cuales Catalina aparecia como inspirada refiriendo prodigiosas visiones, y diciendo sin el menor embarazo que ella era la elegida por Dios para regenerar al género humano; esta secta iba cundiendo paulatinamente, cuando tuvo conocimiento de ella la policia, y desde luego la reunion fué disuelta y Catalina Theot encerrada en una prision, de la cual no salió sino hasta 1789. Tan luego como se vió libre, fué en busca de su antigua amiga Susana, quien habiendo tomado nuevamente el oficio de profetiza, acababa de ser recomendada en la asamblea nacional por el diputado Dom-Gerle, antiguo cartujo; pero no habiendo sido muy feliz su tentativa, tuvo que fugarse, y Catalina se determinó á vivir ocultamente por algunos dias; muy pronto sin embargo se esparció por Paris la noticia de que en un barrio de la ciudad se proferian estraños oráculos, de una vieja sibila, anunciaba la aparicion de una nueva Jerusalem, el advenimiento de un nuevo Mesias, la segunda Encarnacion del Verbo de Dios, el nacimiento del Cordero divino que borraría los pecados del mundo y otra porcion de delirios semejantes, que solo podian tener origen en las cabezas perturbadas de Dom-Gerle y de Catalina Theot.

Entretanto Robespierre, ese horrendo personaje de la revolucion, iba logrando destruir el culto de la verdadera religion para susti-

tuirlo con farsas tan ridiculas como estrañas en el culto que intentó tributar á lo que estrictamente llamaba *Ser Supremo*, no se ve sino que un delirio, pues que no era ni aun el delirio de una imaginacion exaltada. Sus seguidores eran rantes secuaces y una multitud de mugeres que se agrupaban en la casa de aquel monje y le tributaban ridiculos homenajes y lo ensalzaban sin tino. „A las mugeres que adoraban á Robespierre, dice el elocente Thiers (1), unió una secta estra vagante y ridicula que existia poco tiempo que se habia formado. En el momento en que los cultos quedan abolidos es cuando aparecen las sectas, porque la imperiosa necesidad de creer busca otras ilusiones en defecto de las que se han destruido. Catalina Theot, una anciana, cuyo cerebro se habia inflamado por las mazmorras de la Bastilla, y que se llamaba Catalina Theot, se daba el título de madre de Dios, y anunciaba la próxima aparicion de un nuevo Mesias, el que, segun ella decia, debia aparecer precedido y acompañado de grandes trastornos; y en el instante en que apareciera comenzaria una vida eterna para los que se cogidos, quienes debian propagar su creencia valiéndose de todos los medios posibles, y terminando á los enemigos del verdadero Dios. El cartujo Dom-Gerle, que figuró en la asamblea constituyente, y cuya imaginacion se habia descarriado con misticas ilusiones, uno de los dos profetas y Robespierre el otro, debiendo tal vez esta honra á su deismo. Catalina Theot su hijito querido; los ciudadanos lo miraban con respeto y veian en él ser sobrenatural, llamado para destinos misteriosos y sublimes. Probablemente estaba formado de todas estas locuras, y sin ser cómplice gozaba de su error. Verdad es que protegía á Dom-Gerle, quien lo visitaba frecuentemente, y que le habia dado una certificacion de civismo firmada de su mano, para sustituirlo á las persecuciones de la junta revolucionaria. Esta secta se habia estendido prodigiosamente.

(1) Historia de la Révolution Française, tom. XXI [onzième édition].



Arresto de la secta de Catalina Theot.

Sieges Merveilles.

samente; tenia su culto y sus ejercicios, lo cual no dejó de contribuir para su propagacion; sus reuniones se celebraban en casa de Catalina en un barrio estraviado de Paris cerca del Panteon. Allí era donde se practicaban las iniciaciones, en presencia de la madre de Dios de Dom-Gerle y de los principales escogidos. Ya comenzaba esta secta á ser conocida; y se decia, aunque vagamente, que Robespierre era su profeta."

Las ceremonias de esta secta eran tan extravagantes y tan ridiculas como sus dogmas. Segun refiere Duval, *la madre de Dios*, con el rostro medio cubierto con un lienzo blanco, se colocaba en una mesa, sobre la que habia una estampa alegórica de sus misterios: á su derecha estaba una *Biblia* que leía en tono de salmodia una doncella vestida de blanco como las vestales y con un velo transparente en el rostro, á esta jóven se le daba el nombre de *Amblar*, y debia reemplazar á la vieja Catalina, quien despues de su muerte debia resucitar llena de gracias y lozania: para substituir á Amblar habia otra hermosa doncella llamada *Rosa*.

No eran ménos originales las ceremonias de la iniciacion. El recién presentado, que tenia siempre un padrino de entre los cofrades, tocaba tres veces la puerta, entraba en seguida, y Amblar le decia: „Hijo de Dios, preparaos á celebrar la gloria del Ser Supremo." Entónces él se acercaba á la madre de Dios, la cual le dirigia estas palabras: „Hijo mio, os recibo en el número de mis escogidos, sereis inmortal;" y en seguida este prestaba el juramento siguiente: „Juro derramar hasta la última gota de mi sangre, y sufrir cualquier género de muerte, en defensa de la gloria del Ser Supremo." Luego Amblar leía un capítulo del *Apocalipsis*, y decia: „Los siete sellos de Dios estan colocados sobre el *Evangelio* de la verdad; cinco estan levantados: Dios ha prometido á nuestra madre revelársele cuando se quite el sexto; y cuando se levante el séptimo, tened valor, en cualquier

paso en que os encontréis, que no os amenazare nada de lo que veais; la tierra será purificada, todos los mortales perecerán, pero los elegidos de la madre de Dios serán inmortales." Desde este instante el nuevamente presentado se contaba entre los iniciados.

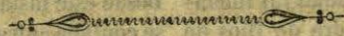
No podian parecer bien estas farsas ni aun á los mismos héroes de la revolucion, y bien sea por esto, ó bien porque algunos émulos de Robespierre tratasen de ponerlo en ridículo, y vengarse de él por algunas querellas anteriores, el hecho es que á mediados de junio de 1794 (*el 27 prairial*), la secta fué denunciada á la convencion, en donde leyó Valdier un informe, estendido por Barrére, en que se pintaba á esta secta con los colores mas negros, haciendo que recayese la odiosidad y ridiculez sobre Robespierre; la convencion en fin decretó la formacion de causa, y se encargó á Senart, secretario de la junta de seguridad general, que arrestase á la profetiza, á Dom Gerle y á todos sus secuaces. Para conseguirlo, Senart se presenta bajo el pretexto de solicitar su admision como iniciado, y al comenzar la ceremonia llama á sus soldados, prenden á casi toda la secta, y el rebaño de los hijos de la madre de Dios fué encerrado en diversas prisiones. Dom Gerle fué encerrado en Port-Libre, de donde no salió sino hasta despues del 9 termidor, y Catalina Theot en la consergeria en donde murió despues de cinco semanas de detencion á los 70 años de su edad.

Así terminó la célebre secta de *la madre de Dios*: increíble parece que en Francia y en el siglo de la filosofia, se hubiesen descarriado los hombres hasta este punto de la senda de la verdad y de la sana razon; pues que sean cuales fueren los fines políticos que guiaban al primer móvil de esta asociacion, la historia la condenará siempre, y los hombres pensadores lamentarán los errores y excesos que se cometen en el desenfreno de una revolucion.

P. TORRESCANO.



VAGAMUNDOS ESPIRITUALES.



Prayers are not morality, Kneeling is not religion.

No estriba la moralidad en el rezar, ni la religion en estar de rodillas.

(Junius).



A de saber el lector que cuando me ocurre algo que contar, siento cosquillas en la lengua, y hasta que desembucho, ando mas inquieto que si tuviera una pulga pronunciada dentro de una bota. Entremos en materia. Sabiendo yo que Pancracio, intimo amigo mio desde la infancia, hoy militar retirado y ademas cesante, ya que no en el comer, al menos en el trabajar y el percibir sus pagas respectivas, sabiendo, digo, que habia caido enfermo de resultas quizá de alguna de las inundaciones periódicas de flemas que padece, formé propósito de ir á visitarle el primer dia que me fuese posible. Asi lo verifiqué, y como lo que vi en su casa, lo que él propio me contó, y sobre todo, lo que yo llegué á conjeturar atando cabos (ocupacion digna por cierto de almas contemplativas y piadosas), sea digno de saberse para enmienda de pecadores de ambos sexos, voy á referirlo puntualmente al que leyere, si alguno hay, que lo dudo, porque en vez de leer no piensa ya el género humano sino en escribir y en archivar.

Todos convendrán conmigo en que seria mucho mejor *archivar* á los autores mismos, ya que nada tienen de *combustibles* los mas de ellos, que no esponer al pobre mundo á una conflagracion prematura y general. En efecto ¿qué seria de nuestro misero globo sin los cohetes y los especieros? porque preguntan hoy las gentes: „¿V. no escribe?“ con el mismo *donaire* que si dijese „¿Toma V rapé?“

No hay pues que dudar, va á llegar la época en que los que escriben tengan que sobornar á los lectores, como hacen algunas ancianas ojiales, con ciertos mozalvetes, que bien pueden llamarse *amantes a destajo*, á quienes dan una mesada por tener con quien bailar y salir á paseo, ó como es fama que

aconteció en los últimos tiempos de la Gran en que salian á mendigar oyentes los Retóricos. Y aun es de temerse que añadan al breve un exorcismo para conjurar á esta nueva gusta literaria que todo lo tala y todo lo acomoda. „¡Bienaventurados, diran nuestros hijos, aquellos á quienes solamente *fluye algo* cuando están constipados! porque no será suya la culpa de ser de papel.“—Ya, ya veo que en llegando á frunce el entrecejo un crítico de tupé y gaita la Ludovico de Velasco, y oigo que dice:—„esto es muy cierto ¿pero á qué conduce, y afinidad tiene con el título del tal artículo? bien se conoce.“ Pero, señor mio, (respondo) eso de decir *única* y *esclusivamente* lo viene á cuento, es ya muy viejo, la rutina y fuerza es introducir alguna novedad en el arte de escribir; que no solo Torio é Hursaba ben gozar tan apetecible privilegio, pues en república literaria, ya que no en la política, somos iguales ante la ley. Sin embargo porque no se diga que quiero imitar á los temporáneos de V., Sr. D. Atenógenes, que cribian un tomo en folio para demostrar que Adan fué el primero que dijo á Eva cuando tornudó: *Jesus te ayude*“, voy á proseguir cuento con perdon de V.

Dirijome cierto dia á eso de las diez mañana, á la habitacion de mi amigo el capitán en el inaudito callejon de *Salsipuedes*, supuesto que no dí con tan oscuro receptor tan fácilmente como quien va á la Catedral, pues me costó mas de una hora de andar *pan y queso*, y no fuera bastante, si á no topara con un caritativo *Cicerone* de barrio, á quien por su equipo juzgué deservido paraíso, quien mediante una peseta me puso en la angustiada situacion de haber de entrar en la mencionada callejuela como cartucho en la rabina.

No fué menester llamar á la puerta de la casa, porque estaba abierta, y subiendo yo por una escalera en forma de tirabuzon iba á entrar en el primer aposento que encontré, cuando llegaron á mis oidos unas lamentaciones entre lánguidas, desesperadas y sentidas. Póngome á escuchar, y reconozco ni mas ni menos la voz de Pancracio que decia: „¡ay de mil las once son y nadie viene.“—Mientras Perfecta se come á los santos, encima de un copioso desayuno, yo ni me curo, ni almuerzo, ni...“ La voz de Pancracio salió tan desmayada, tan á poquitos, por decirlo así, que ya no me sorprendió el verle tan desfigurado y cabizcaido cuando entré. Grande alborozo mostró al verme, y despues que nos hubimos estrechado mutuamente, me dijo con tono suplicante: un favor no mas quiero que me hagas y es que vayas ahora mismo á la cocina y me traigas lo que encuentres de comer aunque sea el gato mismo salcochado, pues te aseguro con verdad que tengo el estómago mas vacío que una máquina neumática y que si me introducen un pollo vivo ni *pio* dice; mas si fuera asado, amigo mio, me haria resucitar...“ Convencido yo de que el caso era urgente me dirijo con toda precipitacion á la cocina, y al entrar en ella, cuál seria mi desconuelo, cuando en vez de sentir ese calor vivificante que en tales oficinas se percibe, reparé no solo que no habia lumbre pero ni aun carbon; sin embargo, despues de mil rebusas, y de olfatear como un sabueso en todas direcciones, hallé por fin algo y aun *algos*, á saber: un gran plato de arroz en leche en cuya superficie se notaban las iniciales de los *dulces nombres* dibujadas con polvo de canela, y fué tal el gusto que el hallazgo me dió, que sin considerar que para el capitán podia tal vez ser este un manjar dañoso, por la suma debilidad en que se veia, salí corriendo en triunfo y depuse mi trofeo sobre la cama. Ya Pancracio volteaba los ojos en blanco y tenia el semblante mortecino, pero tan luego como vislumbró lo que tenia delante, volvió en sí de su letargo, y sin decir palabra comenzó á engullir como un inglés. Cuando en mi humilde opinion hubo tomado lo suficiente para recobrar las fuerzas, me apropié de la primera pausa que hizo para tomar aliento, y conseguí persuadirle, no sin gran dificultad, de que ya era tiempo de soltar la prensa. Pasado un rato de silencio, comenzó Pancracio á sentirse mejor y entablamos el diálogo siguiente.

Pancracio.—Te debo la vida, querido amigo.

Yo.—Pero, hombre, qué significa este abandono en que te hallas.

P.—Ay, amigo, que hoy es viernes.

Yo.—Y ¿qué tenemos con eso?

P.—Que Perfecta, juntamente con la vieja cocinera, salieron muy de mañana á confesarse y comulgar—y almuerzan fuera de la casa.

Yo.—Y qué ¿te dejan á ti, estando enfermo?

P.—Si, han ido á rezar porque me alivie. (Guardó silencio por algunos instantes y luego prosiguió diciendo.) Para que conozcas que esto no es la vez primera que tal hacen, te haré advertir que mi ajuar reducido á esta cama, la silla en que estás sentado y este armario, lo debo á la generosidad de unos hombres que, aunque no tan desinteresadamente como tú, me sirvieron tambien el desayuno hace algunos dias, habiéndome encontrado casi en las mismas circunstancias. Estos hombres eran tres ladrones que penetraron aquí con igual facilidad que tú, y se llevaron lo poco de algun valor que yo tenia, pues sabiendo que por ningun motivo falta mi esposa á sus antiguas devociones y que estaba yo solo y postrado en cama, conocieron que tenian toda la mañana á su disposicion. Tan persuadidos estaban de lo que tarda á volver á casa mi muger, que no solo me trajeron el desayuno, como he dicho, y me dieron conversacion un largo rato, sino que viendo que yo tomaba la cosa con alma filosófica (indolencia genial quiso decir) y despues de imponerse de cual era mi mal, me dió cada uno de ellos un *remedio casero* para combatirlo, asegurando cada cual que se me quitaria como con la mano. Uno de los medicamentos es tan singular, que no puedo menos de decirtelo por si algun dia le has menester. Tal parece que el ladrón lo robó á Cortés el famoso descubridor de los *secretos de la naturaleza*; el remedio es el siguiente. Tómase un huevo de gallina primeriza, y desleida que sea la yema en un cuartillo de leche de burra pinta, se echan dos crestas y media de gallo zeloso y se hace hervir todo durante un *credo* y un *ave Maria*. Esto se toma en ayunas, segun dicen, por tres dias consecutivos.

Yo.—Pluguiese al cielo (dije para mí) que tan humanos así fuesen los ladrones literarios; que al menos los plagiarios del ajuar no estropearon á su pobre dueño. ¿Pero sabes, capitán, que es bien difícil atinar quién desplegó en esa jornada mas serenidad y buen humor, si tú ó los *visitadores*, y que á no ser porque me es tan conocido tu carácter, confieso que nada creeria de cuanto acabas de contarme?

A este punto habia llegado nuestra conversacion cuando noté que Pancracio se sonreia maliciosamente mirando lo que aun quedaba del

postre, y sospechando yo que su ánimo era volver á la carga y continuar una brecha, que para él podía ser mina que le hiciese reventar, comenzaba á darle consejos relativos á la bondad de la dieta, á que contestó él diciéndome: „Muy buena será la dieta y muy santa, lo sensible es que yo me haya visto reducido á ella desde que fui declarado cesante contra mi voluntad; pero no me hacia reír lo que tú piensas, sino el considerar que mi costilla va á enfurecerse á su modo cuando llegue y vea lo sucedido, por que has de saber, amigo, que ese arroz estaba destinado para su padre confesor por ser hoy día de su cumple-años” Estraño sería, por cierto, repliqué, que despues de abandonarte como á un cuadrúpedo, viniese ahora á emberincharse, sobre todo cuando acaba de arrepentirse de sus culpas: si bien se mira á ti te correspondía reprenderla severamente.

P.—Si tu supieras que Perfecta jamas me dá tiempo de reñirla porque ella se adelanta siempre á manifestarse quejosa y reñirme á mí. En cuanto á que acabe de confesarse, no se opone lo uno á lo otro, pues hay devotos que hacen esta cuenta: „El talego de la conciencia, dicen para sí, está ahora vacío; un solo pecado por grueso que sea su calibre, no le llena, porque al fin una golondrina no hace verano, y aun cuando le llenara, ¿no tenemos de vaciarle tal ó cual día que es el fijado de antemano?” Así es que tales gentes no parece sino que van á descargar su conciencia á fin de poder pecar despues con mas confianza, á la manera de aquellos que padecen achaques de sangre y suelen darse una sangria para poder asistir sin gran peligro á una comilona y beber mas que una esponja. Pero volviendo á mi cara mitad, lo divertido es que su cólera no es decididamente una cólera, que eso sería opuesto á la virtud, sino una mezcla de ira, sentimiento y ataque nervioso, todo junto, como tendrás ocasion de verlo dentro de breve rato, pues ya no puede dilatar.

Yo.—A fe mia que no veré tal; pienso marcharme ahora mismo porque tengo á tu esposa cierto temorcillo, cuando me acuerdo del arroz. . . .

P.—No es para tanto, amigo mio, que al fin es timorata y acaso, acaso, mas de los hombres que de Dios. Ademas, si es biliosa y por eso come magnesia á cada instante, procura contenerse, aunque es verdad que no siempre lo consigue, pero basta, segun ella, la intencion.

Yo.—A pesar de todo, no juzgo que tu muger sea una hipócrita, esto seria hacerla un agravio; pero si debes confesar que está en via de serlo, si no se logra que alguien le vaya á la ma-

no en su excesiva devocion. Porque ¿cómo podrá ser esta grata á Dios si es tan subido punto que no solamente la hace olvidar sus quehaceres domésticos, sino desatender la salud de su marido hasta el extremo de dejarlo vilmente abandonado, y aun gastar en pos y quizá en novenas, lo que debiera destinarse á medicinarle y asistirle cual conviene?

P.—Es un evangelio cuanto acabas de decir y lo único que siento es que tú no puedas ser confesor de mi muger. A propósito de novenas y para que veas cuan curiosa es una de las Perfecta suele rezar con mas fervor, hazme gracia de entresacarla de las que están en el armario viejo.

Obedezco; y despues de examinar los libros de algunas, hallo en efecto un librito á la rubrica, cuyo título era: *Papachos al alma resfriada en el amor de Dios, por el autor de la guerra espiritual para el alma estreñida*. No pude menos de exclamar: ¡el hombre es sin duda algo un animal de hábitos! (segun dicen los fisiólogos) y reiamos á revienta cincha de tan nobios títulos, cuando he aquí que se dejan los pasos, y ya temblaba yo creyendo fuese Perfecta, cuando se presentó en la escena un nuevo é interesante personaje, que sin ser letrado en la frente, daba luego á conocer que era un antiguo sacristan, no solo por no usar sombrero, sino por la coleta, lo amarrotado su nariz, indicio claro de que tambien él se suele decir *misa*. etc. etc. etc. (¡De cuando apuros sacan los etceteras!) Dicho sacristan traía nada menos que un recado de D.^a Perfecta en que hacia saber á su marido que en vez de tener que salir por la tarde con la doncella en la procesion de desagravios y haber almorzado en un convento de monjas, no consideraba prudente emprender desde allí el viaje á su casa; por lo que suplicaba á Pancracio que no la aguardase á comer y la remitiese con el tío Porras el postre que habia ella misma preparado. „¡Por S. Juan Teotihuacán!” exclamó Pancracio algo mohino, al oír tal mensaje que quiere todavia que le mande el arroz que es el único de comer que hay en la casa! pero lo gracioso es que me suplica que no la espere á comer. ¿Por ventura he de roer el bano de mi cama ó devorar la escoba, como D.^a Perfecta quisiera?” Al decir estas palabras Pancracio, se abrió en su rostro que ya se le habia pasado la llera y que volvia á asomar en sus labios una sonrisa socarrona que le es característico que no le habia abandonado ni aun cuando volteaba los ojos en blanco de pura debilidad. Estuve á pique de creerle un ángel, viendo

á las claras su impasibilidad y su carácter á prueba de bomba, pero reflexioné que no hay ni puede haber querubines de patillas; así es que despues de despedir secamente á Porras, el digno embajador, dije al capitán: Ya veo, hijo mio, que lo único que te hace alguna mella, de cuantas injusticias comete contigo tu muger, es el bloqueo que pone á tu estómago de tiempo en tiempo; si en vez de sangria tuvieras sangre en las venas, ya habrias hecho entender á esa buena señora cómo se debe manejar.

P.—Mira, querido, para que oiga yo con mas recojimiento los sabios consejos que te dignas darme, será bueno que me acerques ese platillo, que así pienso matar una tentacion que no me deja escucharte ni reflexionar sobre mi estado con la debida madurez.

Yo.—Si tu sistema de ahuyentar las tentaciones, Pancracio, fuera universal, bien podria cruzarse de brazos el demonio y recibir como tú su jubilacion; pero hablando seriamente, ¡hombre de Dios! estoy ya convencido de que si la enmienda de tu muger pende de ti, sin duda que vas á morir como perro que se quedó olvidado en la bodega, porque eres un indolente consumado y esto disculpa en cierto modo el desamor de tu muger. Ahora me convenzo de que *dos mitades* no siempre hacen un entero, como á mí me enseñaron en la escuela. Así, yo tendré que ver cómo se remedia tu suerte, entretanto que recobras la salud; mas para ello solo hay un arbitrio y de antemano has de darme palabra de que no te opondrás á él sea cual fuere.

P.—Inútil precaucion, amigo mio; si ya sabes que no me opongo jamas á nada, que es quizá mi único defecto, y que no haria contigo una injusta excepcion.

Yo.—Pues Señor, mientras te alivias, yo soy el marido de tu muger; . . . tú no te asustas, ya lo veo, ni hay para qué, pues será solamente para que no des paso alguno durante ese tiempo sin mi aprobacion, ó mejor dicho, (porque tú no has de dar paso ninguno ni aun impelido por la palanca de Arquimedes) para que tú apruebes cuanto yo haga á fin de que tu muger sea mas terrenal.

„Prometo cuanto quieras,” dijo Pancracio engullendo lo que restaba del arroz con una actividad que únicamente desplega á la hora del *chic, chac*.”

Yo.—Pues entonces disponte á partir conmigo en un coche que voy á hacer venir.

Poco ó ningun trabajo me costó persuadirle de que era forzoso dar este paso para la conse-

cucion de nuestro fin, porque, como el lector habrá observado, es el capitán uno de tantos que no siendo necios de nacimiento, desempeñan divinamente este papel en la sociedad y se dejan convencer de cuanto uno quiere, por ser ellos demasiado perezosos y remisos, no ya en el obrar, sino aun para ponerse á discurrir.

Para que el lector no empiece á dar los saltos que acostumbra cuando algo le fastidia, y por si acaso no dió uno mayor que el de Alvarado luego que echó de ver mi pobre nombre al pié de este articulejo, voy á darme prisa y comunicarle en brevísimas razones el fin y postre de tan caseras aventuras.

Llevé á Pancracio á mi casa, y habiéndole hecho reconocer por un médico amigo, ¡cosa singular! en vez de ordenarle sanguijuelas y sangrias á pasto ó *podarle* como ahora se usa, le mandó por el contrario que procurase alimentarse bien, declarando solamente que la involuntaria abstinencia en que, como dependiente de la nacion, habia vivido, era la causa evidente de su mal. Esta declaracion me sugirió la duda de si las enfermedades crónicas de que adolece la desplumada águila de la república, serán efecto de un ayuno semajante al de Pancracio, ó bien, si los consumados sangrados políticos que hay entre nosotros habrán descubierto y estén quizá aplicando este tratamiento dietético para que desaparezcan esos males. Ello ha de saberse en corto tiempo, porque la enfermedad ya hace crisis; pero volviendo á mi pacífico paciente debo informar al caritativo lector de que á los pocos dias se vió tan restablecido, que hubiera podido trabajar para adquirir el pan si hubiese por ventura medicinas que diesen ganas de trabajar, como las hay que abren la gana de comer; pero yo tengo entendido que el capitán fué *cesante* desde el vientre de su madre y que es el mas entusiasta partidario del *dolce far niente* que hay en la república, lo que equivale á decir mucho sin exagerar en lo mas mínimo, pues ni el hambre que es el mejor *antiflojístico* que ha llegado á mi noticia es capaz de poner en movimiento á algunos de mis compatriotas.

„Pero ¿la esposa de D. Pancracio?” Tiene razon el lector, y así debo decirle que mientras D.^a Perfecta siguió percibiendo los prorateos que correspondian á su marido, no se dió mucha prisa para averiguar su paradero; pero que tan luego como yo le *contuve el resuello* buscó por mar y tierra hasta dar con él. Hice creer á D.^a Perfecta que el capitán estaba furioso contra ella por el despego con que le trataba y ella me prometió ser menos buena (en

adelante) y considerar á su esposo tanto ó mas que á su padre confesor. Yo dudo que vivan en armonía largo tiempo, porque él es un marido de mazapan, y ella, segun despues he visto, señora de genio muy vidrioso y que dotada de una alma ardiente necesita de amor y ser amada con vehemencia, pues bien mirado es una buena muger. No es, pues, poca fortuna para Pancracio que haya dado ella en amar á los San-

tos y á las monjas; que al fin no es para él peligroso este amor, como el del próximo. Lo que llevo referido me inclina á creer que si como dijo el padre Lachaise, es cierto que „les dévots ne sont bons á rien” tambien que „los flemáticos son malos para todo, pero que ni maridos saben ser.”

MALAESPIÑA Y BIENPIÑA

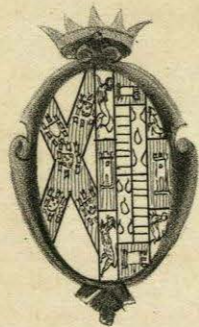
EPÍSTOLA



QUOMO pasar cabe la fresca fuente
Abrasado de sed, y en sus cristales
Ni siquiera mojar el labio ardiente?
¿Cómo al mirar sus formas virginales,
De amor sediento el corazón, pudiera
No adorar sus encantos celestiales?
Pedid que petrifique el sol la cera,
Y endurezca en las cumbres esas nieves;
Mas no al ánimo mio tal quimera.
Pedid que el mar de sus espumas leves,
Al derrumbarse inquieto por la orilla,
No estampe en ella las señales breves;
Mas no pidais que en mi ánima sencilla
No me atize su aliento el fuego vivo,
Que agora al par de mi esperanza brilla.
Que luz ó libertad, ciego ó cautivo,
No ame pedid, mas no por justo caso
Que la mire jamas con ceño esquivo.
¿Visteis tal vez las nubes al ocaso
Despeñarse en la tarde, cual queriendo
Al sol cerrar el magestuoso paso;
Y al astro rey tranquilo descendiendo,
Sin curarse del rayo que serpea
El pardo seno de la nube hendiendo?
Tal de mi amor la inestinguible tea,
Sin curarse de enojos ni razones,
La ruta sigue que adoptó la idea.
¿Cuando pudieron férvidas pasiones
Vallas ni muros respetar, alzados
Acaso por avaras pretensiones?
¿Enfrenareis los rios desatados
Que de las altas cimas desprendidos,
Ruedan rugiendo hasta inundar los prados?
Sobre inmensos palacios encendidos
Cuando crujen, cayendo en negra ruina,
De la llama voraz á los chasquidos,

Que sus propios estragos ilumina,
Derramad, si quereis, el agua poca
De pobre fuente á vuestro hogar vecina
¿Qué alcanzó al fin vuestra ignorancia
Antes la llama en la techumbre ardia,
Y agora al cielo con furor provoca.
Quisisteis sujetar la pasión mia
Con obstáculos mil, y aun apagarla
Con el hielo fatal de razón fria:
A mis ojos la ley de no mirarla
Quisisteis imponer, y todo junto
Mas y mas obligóme á idolatrarla.
Creció la llama con el agua al punto,
Gigante mi esperanza creció luego,
Del incendio voraz copia ó trasunto;
Cual nieve al sol ó como cera al fuego
Vuestra loca esperanza se deshizo,
Y el orgullo tal vez bajóse al ruego.
Tal, en antiguos tiempos, dizque hizo
La vana autoridad de noble gente
De un mágico falaz ante el hechizo.
¿Quién al destino contrastar consiente
O sus leyes cambiar, que no al influjo
De su inmenso poder doble la frente?
¿Quién á tal punto por mi bien os trujo
Sino el empeño cruel que antes de agora
A extremo, aun mas cruel, á otros redujo?
¿Callad! que no se cambia en una hora
La costumbre que arraigan muchos años
En el alma infeliz que se enamora.
.....
Sienta de amor y de desden los daños,
Doble tormento que el vivir divide
Entre ilusiones ¡ay! y desengaños;
Dadme por fin lo que morir impide,

Liceo Mexicano.



D. DIEGO CARRILLO MENDOZA Y PIMENTEL.
Virey de la N^{va} España.

Y eterno infierno en mi existir eterno;
Mas no querais que á la que adoro olvide.
No pretendais que mi cariño tierno
Trueque en indiferencia, y que en mi mismo
Lleve á mi soledad mi negro infierno.
Y tú ¡ser de mi ser! flor que al abismo
Mi amor arrastra en iracundo empuje,
Victima ¡ay me! y verdugo de sí mismo;
Laura infeliz! al huracán que ruge,
El alcázar que alzó mi fantasia,
Roto el cimiento, amenazante cruje.

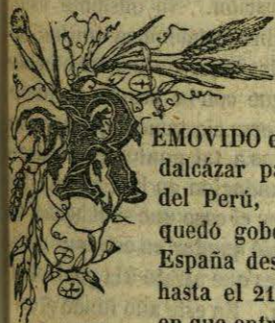
Tu aceptaste en mi amor mi suerte impia:
¡Y á cuánto duelo á tu beldad condena
Mi maldecido amor, paloma mia!...
Mas ora vague en la ribera amena
Del claro rio que tus pies murmura;
Ya surque el mar en fugitiva entena;
Pobre ó rico, con suerte ó sin ventura
Siempre te adoraré, siempre adorarte,
Aun despues de morir, mi fé te jura;
Que es muy poco una vida para amarte!
Enero 12 de 1843.—C. C.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO CARRILLO MENDOZA Y PIMENTEL,

Conde de Priego y Marques de Gélves. Décimocuarto virey de la Nueva-España. De 1621 á 1624.

1621.



MOVIDO el marques de Gualcázar para la gobernacion del Perú, la real audiencia quedó gobernando la Nueva-España desde el 14 de marzo, hasta el 21 de setiembre, día en que entró en México el nuevo virey. Ningun acontecimiento notable tuvo lugar en este corto interregno, por decirlo así, y habria que sepultarlo completamente en el olvido, si no hubiera llegado en esos dias á México una real cédula de Felipe IV, en que le participaba á la audiencia la muerte de su padre, y en que al mismo tiempo le prescribia que proveyese y publicase los lutos en todo el reino, que celebrasen sus funerales con fausto y pompa, y que lo jurasen á él con todas las solemnidades acostumbradas. A la sazón, el 21 de setiembre llegó á México D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, conde de Priego y marques de Gélves, quien hizo que se llevase á cabo cuanto prescribia la cédula real. Se publicaron los lutos y se juró solemnemente á Felipe IV, como rey y señor de las Españas, por cuyo motivo el regocijo fué universal y duradero en todos los pueblos de estos reinos. Al

pensar el rey de España en el marques de Gélves, cuya rectitud y amor á la justicia y al orden conocia demasiado, para el vireinato de una de sus mas poderosas colonias, muy presente tuvo el estado miserable de estas, en que trastornado completamente el orden social por las ambiciones de unos y el fanatismo y la supersticion de otros, no habia ni justicia, ni orden, ni seguridad personal. Acertada fué la eleccion del monarca, pues como veremos luego, en nada desmintió el marques su carácter, si bien su equidad le fué á él personalmente demasiado funesta.

La historia de las ciencias, nula hasta cierta parte entre nosotros, exige que consignemos aquí un hecho no poco interesante: el 29 de noviembre se abrieron por primera vez en la universidad de México lecciones de cirugia por el Dr. mexicano Cristóbal Hidalgo y Bandaval.

1622.—Tan luego como el marqués se impuso á fondo del estado de la administracion; que vió que todos sus ramos estaban vergonzosamente desatendidos, especialmente el de justicia, ya por la incuria, ya por la venalidad de los jueces, trató de poner término á tantos desórdenes, combatiendo la impudencia y el